

EL CAPITALISMO COMO PODER, LA POLÍTICA COMO NEGOCIO. LAS LECCIONES DE THORSTEIN B. VEBLEN SOBRE LA TRANSICIÓN RUSA (1)

Por EDUARD TARNAWSKI

SUMARIO

INTRODUCCIÓN: *De la evolución a la selección. El poder del derroche. Instinto e instituciones. Los dispositivos del poder. Tiempo de paz; tiempo de fraude. Oligarcas. El día de la venganza de la clase ociosa.*—CONCLUSIÓN.—BIBLIOGRAFÍA.

INTRODUCCIÓN

Aunque el institucionalismo es la teoría a la que menos recurrieron los gobernantes de Europa del Este a la hora de diseñar la transición, está empezando a despertar interés entre los economistas rusos (Ananyin, 1999; Der-yabina, 2001; Oleinik, 2001). No deja de tener su importancia el que un abanderado del institucionalismo polaco como Jerzy Hausner fuese nombrado viceprimerministro en 2003. Fueron, sin embargo, los investigadores extranjeros, entre ellos, profesores españoles, quienes eligieron el institucionalismo como punto de partida de sus estudios sobre la transición (March Poquet y Sánchez Andrés, 1999; March Poquet y Sánchez Andrés, 2000; March Poquet, 2002; Schulze, 1997; Vercueil, 2002).

Llama la atención que Veblen, a quien se considera fundador de esta corriente, no aparece en los textos de estos autores como referencia obligada. Esto se debe con toda seguridad a que sigue en pie el grave reproche dirigido contra él de que nunca entendió el capitalismo (Walker, 1977). En mi opi-

(1) La primera versión de este artículo fue presentada como Comunicación en las VII Jornadas de Transición Económica organizadas en la Universidad de Valencia en el Departamento de Economía Aplicada (8-9 de mayo de 2003).

nión, sin embargo, para comprender el capitalismo, y no sólo el recién estrenado en el Este, pueden sernos muy útiles por lo menos los dos primeros libros de Veblen *The Theory of the Leisure Class. An Economic Study of Institutions*, editado en 1899 y *The Theory of Business Enterprise*, editado en 1904. Es un punto de vista que, desde luego, no puede resultar nada novedoso para los institucionalistas de toda la vida (Samuels, 1998).

Veblen representa la culminación del pensamiento darwinista en América. Esta circunstancia fue lo que provocó el rechazo de sus planteamientos por parte de la Ciencia política. Si las cosas han cambiado y Darwin no provoca ya esta reacción quizás sea el momento, pues, de acercarse a Veblen, sabiendo de antemano que su teoría tampoco tiene nada que ver con el *nuevo institucionalismo* que tanto interés suscita en la Ciencia política (Peters, 1999).

El objetivo del presente artículo es demostrar que los conceptos que usaba Veblen pueden servir para analizar la transición rusa; buscar argumentos que avalen la tesis de que el sistema de poder que se constituye en el Este bajo la insignia del capitalismo no debería ser visto como un fenómeno extraño sino como una fórmula universal de ejercicio del poder. Para ello voy a servirme del método más sencillo que tiene la Teoría política: repasar un texto clásico, en este caso, la obra más famosa de Veblen *La teoría de la clase ociosa*.

De la evolución a la selección

La idea de la evolución no pudo ser para Veblen ninguna novedad, simplemente porque estaba latente en el pensamiento filosófico ya de finales del siglo XVIII desde que la redescubriese Johann Gottfried Herder en 1784 y se emplease en las ciencias naturales, entre otros por Jean-Baptiste Lamarck. Seguramente Veblen se familiarizó con ella ya en su época de estudiante en Carleton. Pudo profundizar en su conocimiento en su tesis doctoral *The Ethical Grounds of a Doctrine of Retribution*, que defendió en la Universidad de John Hopkins en 1884 y dedicó a Kant, considerado el máximo representante del evolucionismo.

Lo verdaderamente nuevo que Veblen podía descubrir en Darwin, era la idea de selección natural (Witt, 2002, 133). Por mucho que los veblenianos procurasen evitar que se identificase a su maestro con ese concepto tan mal visto (Galbraith, 1974, vii). A Veblen no le interesaba Darwin como zoólogo; lo que valoraba en él era el haber inventado una herramienta conceptual que permitía comprender que la sociedad no ampara a los individuos. Si lo hiciera no se produciría la selección. En el capítulo VIII de su libro expone

con toda claridad el planteamiento darwiniano, y lo completa con su propia aportación, a saber, para que sea posible la selección se necesita una institución. Y ésta es la clase ociosa. La forman los individuos que se distinguen *por estar* educados en una determinada disciplina. Pero no basta con eso. La clase ociosa surge en un proceso de represión y eliminación selectiva de aquellos individuos y linajes ineptos para estar en las tareas pecuniarias (2). En la clase ociosa pueden entrar sólo los más competitivos. Es decir, los que saben administrar propiedad como valor cambiante. La clase ociosa no se compone de los que viven de renta, sino de los que saben permutar valores constantemente.

El objetivo de la clase ociosa no es, desde luego, seleccionar para quedarse con la flor y nata de la sociedad. Su papel es tan simple como eliminar de la sociedad a esos miembros que no han evolucionado. Veblen habla sin reservas en este contexto de eliminación física. Usa la palabra «hombres» en sentido genérico, llamándoles *el material humano* que varía con el cambio de las condiciones de vida. Se trata de elegir a los útiles y eliminar a los no aptos (3). La exclusión de individuos y linajes se hace posible gracias a la implantación de por lo menos dos instituciones: un comercio astuto y una administración carente de escrúpulos. Si se necesita el capitalismo —diría Veblen— no es, pues, para producir mejor, sino para desechar el material humano «inservible» (4). En sus afirmaciones acerca del mecanismo de selección Veblen coincide con la opinión de los más destacados representantes del capitalismo norteamericano (5).

(2) «La admisión a la clase ociosa se consigue mediante el ejercicio de las aptitudes pecuniarias —aptitudes adquisitivas y no aptitudes útiles—. Hay, por tanto, una continua criba selectiva del material humano que constituye la clase ociosa y esa selección se hace sobre la base de la aptitud para las empresas pecuniarias» (Veblen, 1963, 252).

(3) «La institución de la clase ociosa produce efectos no sólo sobre la estructura social, sino también sobre el carácter de cada uno de los miembros de la sociedad. En cuanto una determinada proclividad o punto de vista ha conseguido ser aceptado como patrón o norma de vida autoritario, reaccionará sobre el carácter de los miembros de la sociedad que lo han aceptado como norma. Moldeará en cierta medida sus hábitos mentales y ejercerá una vigilancia selectiva sobre el desarrollo de las aptitudes e inclinaciones de los hombres. Este efecto se produce, en parte, por una adaptación coactiva, educativa, de los hábitos de todos los individuos y, en parte por una eliminación selectiva de los individuos y linajes no aptos. El material humano que no se presta a los métodos de vida impuesta por el esquema general aceptado sufre, en mayor o menor proporción, una eliminación así como una represión» (Veblen, 1963, 218).

(4) «En el régimen de emulación los miembros de una comunidad industrial moderna son rivales y cada uno de ellos consigue mejor su ventaja individual e inmediata si, gracias a una carencia excepcional de escrúpulos, puede superar y dañar a sus semejantes cuando tiene oportunidad de hacerlo» (Veblen, 1963, 234).

(5) JOHN D. ROCKEFELLER Jr. escribía: «El crecimiento de un gran negocio no es más que una forma de la supervivencia de los más aptos... Sólo sacrificando a los capullos temprana-

La selección siempre es un proceso de adaptación forzosa de los individuos a un medio que va cambiando progresivamente. La prueba la superan las personas dotadas del temperamento más adecuado (Veblen, 1963, 194). Normalmente son los hombres de las clases altas, aunque lo decisivo no es su situación económica sino su mejor preparación para desempeñar la función de adaptarse al cambio continuo (Veblen, 1963, 234).

Si los individuos de las clases bajas quedan eliminados —dice Veblen— no es por su situación de penuria material, sino por no tener suficiente capacidad para evolucionar al ritmo de los cambios sociales. Es más, son depurados con más facilidad por cometer la imprudencia de emular la conducta de las clases altas sin pertenecer a ellas.

Al igual que los individuos, también las instituciones están sometidas al proceso de selección natural. Pueden sobrevivir sólo las mejores, entendiendo por tales aquellas que contribuyen a la selección de los hábitos mentales más convenientes. Hay que señalar que la idea de selección natural no sólo no ha desaparecido, sino que es muy apreciada entre algunos economistas contemporáneos (Galor and Omer, 2002).

La intención de Veblen no era hacer sátira social. Si alguna ironía había, ésta provenía de la propia naturaleza de los hechos relatados (Castillo Castillo, 1999, 337). Creo que Veblen no se fijaría, por ejemplo, en el dato que hoy se baraja de que Rusia puede ver disminuida su población radicalmente en el año 2010. Probablemente tampoco le interesaría saber que en el año 1994, crucial para la transición, las expectativas de vida de los varones rusos estaban hasta 20 años por debajo de las de los varones japoneses y europeos. Pero sí se fijaría, creo, en lo que observaba la periodista Pilar Bonet en su reportaje sobre la vida cotidiana de los *nuevos rusos*. Cuenta Bonet que algunos están dispuestos a pagar 200 euros mensuales por ir a un gimnasio, o sea, el equivalente al sueldo de cuatro meses de un maestro; o que el presidente Putin escogió a Mi-jail Lesin para ministro de Prensa precisamente porque éste había perdido 20 kilos de peso (*El País*, 29 de agosto de 2002, pág. 11).

El poder del derroche

A un economista le corresponde —creía Veblen— estudiar las condiciones de la producción industrial. Esta afirmación la desarrolló luego en su te-

nos que crecen a su alrededor se consigue la rosa llamada American Beauty, con un esplendor y una fragancia que regocija a quien la contempla. Esto no es ninguna mala tendencia dentro del mundo de los negocios. Se trata simplemente de la acción de las leyes de la naturaleza y de Dios» (cito según Singer, 1999, 22).

sis sobre la contradicción entre la industria y el negocio. Consideraba el capitalismo una «institución» que sirve, desde luego no para producir sino para que los financieros controlen la vida económica y especialmente la producción industrial. A diferencia de Marx, Veblen pensaba que para satisfacer el único deseo de obtener puro lucro monetario —la «ganancia no ganada»— no hace falta explotar a los trabajadores, sino basta con crear un entramado a base de tres «instituciones»: el precio, la propiedad y el contrato. Éstas, por cierto, no nacen para formalizar una relación supuestamente natural, sino que siempre son creadas por unos para poder controlar a otros. Para que sean útiles como fórmulas del poder todos tienen que adaptarse a ellas, unos con placer y otros a su pesar. Cómo se produce esa adaptación no es el tema que le importa a Veblen. A donde quiere llegar es a demostrar que, contrariamente a lo que piensa la gente, el consumo no es el fruto del poder sino la fuente de la que éste se alimenta.

El derroche que encuentra en la América de finales del siglo XIX, probablemente no viene con la industrialización, ni siquiera con la concentración en la economía, sino que es un elemento imprescindible para que la clase ociosa mantenga el poder también en una sociedad como la norteamericana que no tiene pasado, y por tanto, donde el poder no ha podido ser simplemente traspasado de una a otra generación, sino que ha tenido que ser generado en un proceso de derroche ostentoso. Gracias a su clase ociosa, América puede, pese a no tener pasado, emular la cultura bárbara medieval europea o japonesa.

Como hacía la clase ociosa norteamericana de finales del siglo XIX, a finales del siglo XX los nuevos rusos imitan en su comportamiento diario la cultura consumista extranjera. De hecho, ya lo hacían los miembros de la nomenclatura soviética. Pero para crear un sistema del poder basado en el derroche hacía falta objetivar ese consumo en una institución como la propiedad privada. Veblen tenía claro que la propiedad privada no tenía función alguna a la hora de aumentar la productividad, pero sí la consideraba decisiva para estructurar el poder, un arma tremendamente eficaz con la que unos pocos pueden coaccionar a una sociedad entera (Broda, 2001; Veblen, 1963, 30). La despreciaba en todos los sentidos, llegando a afirmar que, al provocar envidia, producía el efecto contrario de conducir inevitablemente al socialismo (Veblen, 1891, 397-399).

El elemento esencial de su teoría es, sin embargo, que la propiedad privada hace posible que el derroche obtenga valor objetivo (6). Así, en la lógi-

(6) «La influencia de la clase ociosa no se ejerce de modo decidido en pro o en contra de la rehabilitación de esta naturaleza humana porto-antropoide. Por lo que hace a las posibilidades de supervivencia de los individuos dotados de una cantidad excepcionalmente grande de

ca de Veblen, la fecha clave en la historia rusa sería el 1992, cuando se privatizó la economía soviética. Su teoría explica mejor que ninguna que sólo a partir de entonces Rusia puede ser gobernada sin que sea necesaria la represión o el terror indiscriminados. Gracias al derroche ostentoso, avalado por la propiedad privada, se hacen superfluas las viejas técnicas de poder.

El ejercicio del poder no es un simple disfrute para los miembros de la clase ociosa. Para gobernar el Estado, para controlar la sociedad en su conjunto, los miembros de la clase ociosa tienen que respetar ciertas reglas (7). Tienen por fuerza que consumir ostentosamente (Veblen, 1963, 121). Eso sí, ha de ser un consumo especializado de bienes, porque sólo éste sirve como prueba de la fortaleza pecuniaria de cada uno de los miembros de la sociedad (Veblen, 1963, 75). Este tipo de consumo en ningún punto es tan evidente como en el gasto en prendas de vestir (Veblen, 1963, 173). Interpretar la moda dentro de la lógica del poder es una de las mayores contribuciones de Veblen al estudio de la política (8). Veblen se fijó, por ejemplo, en que los

esos rasgos primitivos, la posición protegida que ocupa es clase favorece a sus miembros de modo directo al retirarse de la lucha pecuniaria; pero, indirectamente, debido a los cánones de derroche ostensible de cosas y a los esfuerzos propios de la clase ociosa, la institución de tal clase disminuye las posibilidades de supervivencia de los individuos de este tipo en el cuerpo general de la población. Las exigencias de derroche impuestas por el decoro absorben la energía sobrante de la población en una competencia valorativa y no dejan margen para ninguna expresión de la vida que no tenga carácter valorativo» (Veblen, 1963, 368).

(7) «Para ganar y conservar la estima de los hombres no basta con poseer riqueza y poder. La riqueza o el poder tienen que ser puestos de manifiesto, porque la estima sólo se otorga ante su evidencia. Ya la demostración de la riqueza no sirve sólo para impresionar a los demás con la propia importancia y mantener vivo y alerta su sentimiento de esa importancia, sino que su utilidad es apenas menor para construir y mantener la complacencia en uno mismo» (Veblen, 1963, 44-45).

(8) El método de Veblen de describir las transformaciones del capitalismo observando los cambios de moda los resume muy bien Vicente Verdú. Éste recoge el nombre *bo-bos* acuñado por el influyente comentarista David Brooks (2000). El nombre es la fusión entre las características de los que se llamarían *bo-hemians* y los *bo-urgeois*. El *bo-bo* sucede, a la altura de 2000, a la tribu de los *yuppies* de los años ochenta. Conservan de los *yuppies* su afán por el consumo caro, su estatus y su visibilidad en los medios de moda, pero poseen a la vez gustos contraculturales importados de los años sesenta. «Los *bo-bos* se forman con gentes cultivadas, licenciados con másters, ejecutivos con antropología, profesionales de varios idiomas y amplio conocimiento internacional dentro de la nueva sociedad de la información. Sus notables recursos económicos se corresponden con una sólida formación superior y una privilegiada información global. Son la nueva élite del mundo y demuestran en sus elecciones de vida y sus consumos el patrimonio personal de una experiencia mistificada. Los *bo-bos* no gastarán, por ejemplo, grandes sumas en bienes de ostentación para impactar a sus pares. La ostentación directa se ha convertido, entre ellos, en una señal de mal gusto y de peor educación. Los gastos aparatosos se legitiman sólo por su condición de "necesidad". Será así una muestra de grosero despilfarro invertir grandes sumas en aparatos de alta fidelidad, pero se

miembros de la clase ociosa del s. XIX tenían el hábito de llevar bastón (9). Hoy en día, el teléfono móvil que no sueltan de la mano muchos rusos ejerce esa misma función que el bastón, de proyección del estatus real y del estatus deseable (Lavelle, 2003).

Instinto e instituciones

El dinero es por encima de todo emoción. Por tanto, para comprender la economía necesitamos más Psicología que Matemáticas. Así pensaba un nutrido grupo de economistas a finales del siglo XIX y principios del XX (Mitchell, 1914). Hoy siguen su camino aquellos investigadores que creen, por ejemplo, que son las emociones las que tienen una influencia decisiva en el proceso de toma de decisiones económicas (Robson, 2001, 15-16). Pero Veblen no redujo la vida económica a los fenómenos que estudia la Psicología; no le interesaba la vida humana en su dimensión individual. A la hora de indagar las circunstancias en que tiene lugar la actividad económica —dice— no hay que remitirse a un elemento supuestamente estable, sino a las costumbres y los hábitos siempre cambiantes.

Jamás se le ocurrió confirmar la vigencia de unas leyes trans-históricas, permanentes, utilitaristas o hedonistas que tuviesen de algún modo que dirigir la vida económica. Veblen iba más lejos: se proponía fundar una teoría alternativa. Y lo consiguió en la obra editada en 1914 *The Instinct of Work-*

justificará en cambio la compra de un superfrigorífico de los que ahora se venden, por varios millones, en Estados Unidos; será aceptable pagar una fortuna por un 4 × 4 de la gama máxima, pero no es pertinente pasearse con un deportivo. Incluso los deportivos, cuando se manejan, se definen hoy como *sport utility vehicle*, denotando que la “utilidad” debe incorporarse siempre al sentido de la compra. Y la simplicidad. Las cosas, obedeciendo a la consigna de no parecer exhibicionistas, deben presentar un diseño sencillo, simple, de apariencia elemental. Otra cosa es que esa simplicidad en unos zapatos de Prada se traduzca en un coste de 100.000 pesetas» (*El País*, 22 de junio de 2000).

(9) «Tomado simplemente como rasgo de la vida moderna, el hábito de llevar bastón puede parecer, todo lo más, un detalle trivial; pero el uso tiene algún significado para el punto de que tratamos. Las clases en las que más predomina este hábito —las clases con las que está asociado el bastón en la imaginación popular— son la clase ociosa propiamente dicha, los deportistas y los delincuentes de la clase inferior. Podría acaso añadirse a ellos los hombres ocupados en las tareas pecuniarias. (...) El bastón tiene la finalidad de demostrar que las manos de su portador se emplean para una finalidad distinta del esfuerzo útil y, por ende, tiene utilidad como demostración del ocio de quien lo lleva. Pero es también un arma y satisface por ello una necesidad sentida por el hombre bárbaro. El manejo de un medio ofensivo tan primitivo y tangible es muy agradable para cualquiera que esté dotado, aunque sólo sea en un grado moderado, de ferocidad» (Veblen, 1963, 271).

manship and the State of the Industrial Arts. En ella la categoría instinto, caída en desuso en el campo de la Psicología, pasa a ser central. De eso ya hablaba en su obra anterior *Teoría de la clase ociosa* cuando mencionaba a unos individuos que tienen suficiente experiencia y en cuyo temperamento destacan los hábitos mentales propios de los hombres depredadores. Son precisamente ellos los que pueden salir ganando en la economía capitalista (10). A las tareas pecuniarias pueden dedicarse sólo los que destacan por tener y cultivar aptitudes depredadoras.

El capitalismo, en la teoría de Veblen, tiene su origen en el instinto (11). La naturaleza instintiva del capitalismo explica el papel que han conseguido los juristas en este sistema. Veblen se fijaba especialmente en el instinto de agresividad tan propio de los abogados (12). Por eso digo que probablemente le habría llamado la atención que el semanal norteamericano *Time* titulara en 1998 uno de sus reportajes de Moscú: «Nos veremos en juicio. Los hombres de negocios gánsters están aprendiendo a usar un elemento vital propio de los abogados de las grandes corporaciones» (*Time*, 9 de febrero de 1998, pág. 49). Efectivamente los abogados, muy despreciados a lo largo de la historia rusa, han proliferado de forma espectacular en la década de los noventa. Entre 1991 y 1998 han entrado en la profesión unas 15 mil personas. Muchos no tienen preparación suficiente. La legislación vigente no especifica estrictamente qué requisitos han de tener los candidatos. Pero lo

(10) «En la medida en que el proceso competitivo de adquisición y tenencia modela los hábitos mentales de los hombres y en la medida en que sus funciones económicas están comprendidas dentro del ámbito de la propiedad de riqueza concebida en términos de valor en cambio y de su administración y financiamiento mediante la permutación de sus valores, su experiencia de la vida económica favorece la supervivencia y acentuación del temperamento y hábitos mentales depredadores» (Veblen, 1963, 235).

(11) «Para Veblen, la economía monetaria era "institucional", no un requisito natural de la humanidad. Empleaba el término "institución" en un sentido amplio y original, como método de acción a que se había llegado por habituamiento y convicción y en el que en general se estaba de acuerdo. La mayoría de los economistas "ortodoxos" habrían estado de acuerdo con esto, pero suponían que las "instituciones", en la aceptación ordinaria de la palabra, surgieron en respuesta a las necesidades de los hombres, y representaban el estado hasta el cual el hombre había progresado en su lucha con la naturaleza. Veblen criticaba esa opinión acusándola de hacer caso omiso de que la institución se había convertido en fin en lugar de ser un medio» (Dorfman, 1959, 497).

(12) «La profesión jurídica no implica la tenencia de mucha propiedad; pero como el trabajo del abogado no tiene ningún tinte de utilidad, salvo para fines de competencia, tiene un grado elevado en el esquema convencional. El abogado se ocupa exclusivamente de los detalles del fraude depredador, tanto por lo que se refiere a conseguir cómo frustrar el éxito de las argucias, y el triunfo en la profesión se acepta, en consecuencia, como signo de grandes dotes de esa astucia bárbara que ha suscitado siempre entre los hombres respeto y temor» (Veblen, 1963, 237).

esencial de su trabajo es la astucia de que hablaba Veblen, como la cualidad principal de la clase ociosa.

No hay capitalismo sin deporte. En la misma Introducción a la *Teoría de la clase ociosa* enumeraba Veblen las cuatro tareas no-industriales a que se dedican en exclusiva las clases altas, que son: gobierno, guerra, religión y deporte (Veblen, 1963, 11). Esta última no tiene nada de secundaria. Lo sabemos sin necesidad de leer a Veblen. No hay más que ver la sección de deporte en diarios típicamente capitalistas como *Financial Times* o *Frankfurter Allgemeine Zeitung*. Siendo un demoleedor de mitos americanos sostenía que los rasgos del hombre depredador siguen tan vigentes en las sociedades modernas como entre la gente bárbara de la Edad Media. Esos rasgos se revelan con toda espontaneidad en la actividad deportiva (Veblen, 1963, 270).

La Rusia capitalista no iba a ser menos. Los síntomas del colapso demográfico no afectan al deporte, precisamente porque éste no es ningún indicador del estado de salud de una sociedad. Sólo identifica el potencial de agresividad de ésta. Los líderes rusos impresionan a la población haciendo alarde de sus glorias como deportistas. El mismo presidente Putin fue el campeón de Leningrado en karate y judo aunque es dudoso si su talla y peso le permiten calificarse para esta categoría. Otro político de primera fila, Yavlinsky, fue el campeón de Ucrania en boxeo. Esto sin olvidar la carrera deportiva de Eltsin, que fue entrenador en un club de provincia y al final un pésimo jugador de tenis.

Los dispositivos del poder

Es discutible si la teoría de Veblen tuvo continuidad en dos sociólogos franceses especialmente prolíferos: Michael Foucault y Pierre Bourdieu (13). En la medida en que Foucault no plantea «¿qué es el poder?» sino «¿cuáles son, en sus mecanismos, en sus efectos, en sus relaciones los diversos dispositivos del poder que se ejercen en lo distintos niveles de la sociedad, en sectores y con extensiones tan varias?» está en la tradición vebleniana (Foucault, 1992, 27). Para saber dónde está el poder hay que fijarse no en las diferencias entre las clases sociales sino en las diferencias entre los estilos de vida. Lo que realmente define a los individuos es la posición de cada uno en una escala horizontal, no vertical. No el *encima o debajo de quién estás* sino el *cómo vives* es lo que da la medida de tu poder (Bögenhold, 2001). Con esto comprenderíamos, por fin, que el capitalismo no necesita dos cla-

(13) En una obra monumental como la de Robins (2000) que recoge docenas de estudios no aparece ninguna pista vebleniana.

ses sociales, capitalistas y proletarios —como pensaba Marx—, sino dos tipos de hombres. Veblen hablaba de los que *trabajan* en la industria y los que *viven* del dinero. A los primeros se les pide que sean diligentes, eficaces y cooperativos. A los segundos que sean agresivos. El hecho de que a pesar de esto disfruten de una reputación mucho mayor que la de los dedicados a las tareas industriales, tiene su origen en que su labor se relaciona con la propiedad a gran escala (Veblen, 1963, 236-237). Los hombres dedicados a las tareas pecuniarias no están atados permanentemente a ninguna industria. Cambian constantemente de interés y gracias a esto pueden salir ganando tanto si las empresas sufren pérdidas como si tienen beneficios (Dorfman, 1959, 498).

Si Veblen tiene razón, no hay que buscar en la vida económica unas *trends*. La vida económica será la arena donde los individuos luchan por el poder. En consecuencia, será posible una Teoría política en la que no haya sitio para las clases, las naciones, o los Estados. Ni siquiera habrá compasión por los individuos que se dejan reprimir o influenciar (Hodgson, 1998, 189).

Veblen no hubiera acatado jamás el dogma de que la política tiene la función de responder a las demandas de la economía. Tal afirmación —diría Veblen— es propia de una ciencia preevolucionista. Y él, a lo largo de su vida, permaneció fiel a su temprana tesis de que en la política, como en cualquier parte del mundo humano, no rigen las leyes de la Física sino los deseos de poder de los hombres reales. Si los políticos no están para vigilar que se cumplan las supuestas leyes del equilibrio o el ideal del bien común, es porque en la política no rige la ley de la gravedad. La política es un negocio. Y en cualquier negocio, el objetivo es obtener el máximo beneficio. Esto es posible sólo a costa del otro.

Para un evolucionista, la política nunca puede ser entendida como un juego, será siempre sinónimo de lucha en la que, para que uno gane, el otro tiene que perder. Por este motivo no tiene ningún sentido enfrentarse a la corrupción, como sentencia en *The Theory of Business Enterprise* (14). Y tampoco cabe en su teoría la figura del *homo economicus*. Donde un neoclásico

(14) «Las modernas (civilizadas) instituciones se basan, en gran parte, en los principios del negocio. Éste es el significado, aplicado a la situación moderna, de las expresiones actuales sobre la Interpretación Económica de la Historia, o de la Teoría Materialista de la Historia. Debido a este hábito establecido de ver todas las coyunturas de la vida desde el punto de vista del negocio, en términos de ganancias y pérdidas, la dirección de los asuntos de la comunidad en su conjunto cae con el consentimiento de todos en las manos de la gente de negocios y se rige por consideraciones empresariales. De ahí que la política moderna sea negocio, incluso al margen de la siniestra aplicación de la expresión a lo que por envidiosa se llama corrupción política. Es así tanto en la política exterior como en la política interior. La legislación, la vigilancia policial, la administración de la justicia, el servicio militar y diplomático, todos ellos

ve la economía, Veblen encuentra sólo *business* (Merriam, 1969, 417). Es conocida su célebre frase de que un gobierno constitucional no puede ser otra cosa que un departamento de una gran organización económica. Pero al contrario que los neoclásicos, con esto Veblen no está manifestando su economicismo, no se inclina por la Economía como la única ciencia social, al contrario, se distancia de la *teoría económica de la política*.

Tomando como punto de partida la teoría de Veblen; para entender lo que pasa en Rusia tendríamos que fijarnos no en el mercado sino en la empresa (Foss, 1998). El parámetro a tener en cuenta para decidir si Rusia es un país capitalista, no son las evidentes deficiencias de su mercado, sino el surgimiento de nuevas empresas. Éstas son los nuevos polos de poder que han sustituido perfectamente a los viejos dispositivos del poder que fueron en su día el partido o la administración estatal. Es decir, sólo una teoría como la de Veblen permite afirmar que Rusia es un país capitalista aunque no tiene capitalistas en el sentido que daba a esta palabra Marx.

Tiempo de paz; tiempo de fraude

La relación directa entre capitalismo y militarismo fue el tema central de investigación de Brian M. Downing. En su libro editado en 1992 *The Military Revolution and Political Change* expuso la tesis que sitúa el origen del capitalismo en las instituciones militares de la Europa medieval. El capitalismo pudo nacer sólo en sociedades en guerra. Una sociedad de pacifistas no podía tampoco aspirar a la democracia, pues ésta en sus versiones más antiguas se basaba en la máxima: «Un hombre, un rifle y un voto». Downing, como tantos otros, pensaba al principio que el capitalismo y la democracia no cuajaban en Rusia porque allá no había burgueses. Pero se dio cuenta de que la verdadera causa estaba en un determinado tipo de reformas militares adoptadas por el Zar Pedro el Grande. De haber sido éstas diferentes, Rusia habría llegado al capitalismo y a la democracia ya en el siglo XIX (Downing 1992, 38-43).

Si Downing no se equivocaba, era de esperar que los militares rusos tarde o temprano proporcionarían a sus compatriotas el capitalismo. Y así fue: éste llegó efectivamente después de la derrota soviética en la Guerra fría. Muchos rusos se compadecen de la humillación que supuso la retirada del Ejército rojo de Europa Central y del Este. Alimentados por el espíritu patriótico, sienten a veces indignación por las penurias que sufren las familias

tratan principalmente de relaciones de negocio, intereses pecuniarios, y tienen poco más que una influencia incidental en otras esferas de la vida humana» (Veblen, 1965, 268-269).

de los militares rusos. Ignoran quizá que fueron precisamente los jefes de la industria armamentista y los altos mandos del Ejército rojo los más aptos para convertirse en capitalistas. Olvidan también que la humillante retirada de las tropas soviéticas de Alemania se convirtió en una gran oportunidad para la gigantesca operación de venta de material bélico. La industria militar possoviética era la que estaba mejor preparada para asumir las reglas de la economía capitalista (Sánchez-Andrés, 1995; 1998). Este papel de locomotora del capitalismo que desempeñaron los militares rusos no es ninguna excepción, lo tuvieron también los militares chinos y vietnamitas, emulando a los japoneses tras su derrota en el frente en la segunda guerra mundial.

Volviendo a Veblen, mi opinión es que éste sería más radical que Downing. No sólo reconocería el papel primordial de los militares en general en la puesta en marcha del capitalismo, sino que no se sorprendería de la asombrosa capacidad de los militares rusos actuales para organizar el negocio fraudulento (*La Vanguardia*, 7 de octubre 1999). Bien decía Veblen que los tiempos de paz son favorables a la actividad pecuniaria. En los tiempos de paz los hombres con aptitudes depredadoras están totalmente absorbidos por las instituciones económicas y no se dedican a menesteres más arcaicos como son la captura violenta, sino a las prácticas comprendidas en la denominación de fraude. Los individuos que no pueden satisfacer su instinto agresivo en la lucha en el frente encuentran la posibilidad de satisfacerlo en las tareas del fraude. La ausencia de guerras, pues, no elimina el instinto de lucha. La actividad depredadora no disminuye, sólo se transforma y aparece en una versión del espíritu marcial, que es el fraude corporativo (15).

Recordemos una vez más que Veblen identifica a la clase ociosa por su dedicación a las tareas pecuniarias, que son la política, la eclesiástica y la militar (Veblen, 1963, 236). No sólo equipara el sacerdocio a las tareas militares, sino que considera a ambas esenciales para el capitalismo (Veblen, 1963, 10). Dice que nada retrata mejor el capitalismo que el papel primordial que desempeñan los militares y sacerdotes en la vida real de la sociedad norteamericana. Un siglo después, las dos profesiones, según las encuestas, siguen siendo las que más confianza merecen de los norteamericanos. De forma análoga, en la Rusia capitalista la institución militar no sólo mantiene su prestigio sino que es la que mejor se ha situado en el reparto de poder. El nombre del teniente coronel de la reserva Putin, no es un falso logotipo de la

(15) «Bajo el sistema pacífico moderno, una vida de adquisición favorece, sobre todo, los hábitos y aptitudes depredadoras que pueden desarrollarse pacíficamente. Es decir, las tareas pecuniarias permiten perfeccionarse en la línea general de prácticas comprendidas bajo la denominación de fraude y no en las que corresponden al método más arcaico de captura violenta» (Veblen, 1963, 235).

Rusia actual, sino una realidad social palpable. Según datos de un columnista alemán, los oficiales rusos de la reserva ocupan el 70 por 100 de los puestos en la administración regional, y en la administración central la cifra alcanza a una tercera parte. En el conjunto de los más altos puestos de la élite gubernamental los militares representan una cuarta parte (*Frankfurter Allgemeine Zeitung*, de 27 de agosto 2003, pág. 1).

Oligarcas

El capitalismo que vio Veblen a su alrededor en aquella América de finales del siglo XIX se asociaba con la palabra japonesa *tycoon*. El diccionario de Merriam Webster la incorporó para poder resaltar sus dos elementos constitutivos, que son el aristocrático y el militar. Un *tycoon* es un *shogun*, es decir —siguiendo el diccionario—, «a businessman of exceptional wealth and power». En el lenguaje periodístico norteamericano aparece esta palabra para identificar a los jefes de la economía rusa (16). Pero, a diferencia de los americanos de hace 100 años, los supuestos *tycoons* rusos no están interesados en la actividad productiva; no construyen líneas de ferrocarril (Shelley 1995, 833). Son *oligarcas*, tal como les llaman acertadamente los mismos rusos. Y lo son por asumir las funciones propias de la *clase dominante*. Es así porque el capitalismo no es una avanzadilla del orden más desarrollado, sino el remanente de los tiempos pasados, de la era preindustrial (17).

Lo que define a los *oligarcas* no es tanto su posición en la estructura de la sociedad, como el carácter de cada uno de ellos. Se trata siempre de personas avaras y codiciosas. A Veblen no le parecería, pues, extraña la filosofía de Borís Beresovsky, quien cree que el poder se mide siempre por la cantidad de dinero líquido.

Hay otro nombre ruso para identificar a los oligarcas: «familia», que sugiere que podría tratarse de unos criminales. Nada más equivocado. La palabra «familia» indica sólo la íntima relación con el Kremlin. Tan íntima que,

(16) Por ejemplo, véase la reseña publicada en *The New York Times* el día 13 de octubre de 2000, con el título «A Tycoon's Meteoric Rise After Russia's Collapse». Su autor Richard Bernstein hablaba del libro de Paul Klebnikov *Godfather of the Kremlin: Boris Berezovsky and the Looting of Russia*.

(17) «La institución de una clase ociosa se encuentra en su máximo desarrollo en los estadios superiores de la cultura bárbara; por ejemplo, en la Europa feudal o el Japón feudal. (...) Las ocupaciones de esa clase están diversificadas con arreglo a las subdivisiones en que se fracciona, pero todas tienen la característica común de no ser industriales. Esas ocupaciones no industriales de las clases altas pueden ser comprendidas, en términos generales, bajo los epígrafes de gobierno, guerra, prácticas religiosas y deportes» (Veblen, 1963, 10-11).

según un diario alemán, otro oligarca, Román Abramovich, debe su poder al ser «amigo» de Tatiana Diatschenko, la hija del presidente Eltsin (*Die Welt*, de 16 agosto de 1999) (18).

Aquí cabe un comentario. La palabra latinoamericana «amigo» en el lenguaje político alemán —y español— identifica a las personas que se aprovechan de sus buenas relaciones con los centros de poder político. Tal fue por lo menos el sentido que Alfredo Pérez Rubalcaba dio a la expresión *los 11 amigos de Aznar*, con la que pretendía señalar en la campaña electoral de 2000 a los presidentes de las empresas públicas, privatizadas por el gobierno del PP.

Sin *oligarcas* no habría podido surgir el capitalismo ruso. El impulso de la reforma del sistema bancario de 1987 no fue suficiente. Ésta fue nada más que un parche para asegurar a su gente ciertos privilegios ante el inminente cambio (Schröder, 1999, 964). La aparición de los *oligarcas* significa la ruptura total con el pasado soviético también en otro sentido. A diferencia de los tiempos soviéticos, su permanencia en el poder depende de la apertura de su país.

Los *oligarcas* no son ex miembros de la nomenclatura soviética. Para ello son demasiado jóvenes. Es más, su poder es precisamente fruto de la victoria sobre la nomenclatura. En octubre de 1993 Moscú fue el escenario de una guerra civil, en el que quedaron grabadas las imágenes de los disparos contra el edificio del parlamento ruso. Y éstos fueron a su vez el comienzo del nuevo sistema de reparto del poder. El presidente, con poderes propios de un monarca absoluto, decidía no sólo entregar en manos de los *oligarcas* la riqueza del país sino hacerles artífices del poder político. La orden presidencial de Eltsin el 21 de septiembre de 1993, por la que disolvía el parlamento ruso, se podría considerar el acto fundacional del capitalismo ruso.

Los *oligarcas* aprovecharon las oportunidades que les brindaba la caída del sistema soviético no sólo para quedarse con los medios de comunicación, bancos, empresas y recursos naturales, sino que mostraron desde ese mismo comienzo la ambición de hacerse dueños del Kremlin (Brovkin, 1998, 513). En esos tiempos su enemigo no era el Estado ruso sino los *mafiosi* de verdad. Entre 1992 y 1994 fueron asesinados por la mafia 46 banqueros «por resistirse a las presiones» (*El País*, 17 de septiembre de 1998, pág. 13). Pronto los *mafiosi* que atacaban a los *oligarcas* fueron sustituidos por una nueva amenaza, la de los *hackers*, también de extracción social baja

(18) Pilar Bonet en un retrato de la figura del oligarca Abramóvich ofrece jugosos detalles de esta relación como la historia contada por Boris Niemtsov, quien le confundió con un camarero cuando le vio por primera vez preparando pinchos para Tatiana y su futuro marido Valentín Ymáshév (*El País*, 17 de noviembre de 2003, pág. 63).

(Margolina, 2000). Esto tampoco le sorprendería a Veblen, quien no lo hubiera relacionado con la presencia de las ideas anarquistas en la mente rusa, sino con la mentalidad belicosa propia de los delincuentes procedentes de las clases bajas (Veblen, 1963, 253).

Desde que Vladimir Putin asumió el poder en 2000 el pacto entre el Kremlin y los *oligarcas* fue perdiendo validez año tras año. El último golpe que se le asestó fue la detención el 25 de octubre de 2003 del último de ellos que quedaba en el país, Mijail Jodorkovsky. Con ésta se puede dar por finalizada también la fase de transición. A partir de ahora se podrá discutir sólo si la transición empieza con la elección de Gorbachov en 1984 como jefe del partido soviético, pero no cuándo acaba. Probablemente, como dijo George Soros, una transición no puede durar quince años. En realidad, lo que importa no son los años sino el dinero. La revista *Forbes* había clasificado a Mijail Jodorkovsky, por encima de Soros. El *oligarca* ruso, con 8 millardos de dólares, fue clasificado en el puesto 26 de la lista de los hombres más ricos del mundo superando al *filántropo* húngaro, situado en el puesto 38, con 7 millardos (*The Wall Street Journal*, de 10 de junio 2003, pág. M. 3).

El día de la venganza de la clase ociosa

A Veblen le atraía la política internacional. En plena guerra presentó un informe sobre cuestiones relativas a la lucha contra los submarinos alemanes (Ardzrooni, 1964, ix). Pero lo que le caracteriza como estudioso de este campo es que trata la política internacional siempre como un problema de Teoría política. Es, pues, de los poquitos que no creen que «las guerras se hacen por petróleo». Desde su punto de vista, las guerras son probablemente tanto más crueles cuanto más abstractas son las Teorías políticas implicadas en ellas. Sus dos libros: *Imperial Germany and the Industrial Revolution*, publicado en 1915, y *An Inquiry into the Nature of Peace and the Terms of its Perpetuation*, publicado en 1917, son excelentes muestras del enfoque que adoptaba en sus estudios de política internacional.

Esto no quiere decir que Veblen no fuese capaz de tomar posturas comprometidas. Demostró saber hacerlo cuando se pronunció abiertamente a favor de la guerra contra Alemania. Pero una vez vio a ésta vencida, planteó el peligro de la injusticia de una paz cruel. Fue acusado de ser blando con el enemigo, lo que, por cierto, no influyó en la opinión formulada ya después de su muerte de que precisamente aquel libro suyo, editado en 1915, era el mejor para comprender la situación de Europa después de Múnich 1938. Esto me anima a hacer la siguiente pregunta: ¿Qué pensaría Veblen de Rusia al ver que ha caído el poder bolchevique que él admiraba?

La respuesta puede ser tanto más complicada si se tiene en cuenta que Veblen fue toda su vida un militante antimarxista que, por otro lado, no pudo ocultar su entusiasmo por la revolución rusa (Friday, 1968, 33). Se sabe que pocos meses antes de su muerte afirmó que su gran esperanza eran los comunistas (Riesman, 1953, 69). Y con toda seguridad lo eran. Pero desde luego no en el sentido que le imputaban las autoridades cuando abrieron contra él una investigación, atendiendo a la denuncia de un emigrante de origen ruso que le acusaba de ser un traidor a sueldo que «desea para América lo que había hecho Lenin y Trotsky en Rusia» (19).

Veblen se pronunció abiertamente a favor de la revolución rusa en el ensayo publicado en 1919 en la revista *The Dial* titulado «El bolchevismo es una amenaza —¿para quién?—» (Veblen, 1964, 399-414). Pensaba que los bolcheviques tenían la solución al problema que él mismo había planteado dos décadas antes. Por extraño que pueda parecer al lector actual, Veblen advirtió en la Rusia bolchevique una buena organización de la economía (Veblen, 1964, 399). Ciertamente, los bolcheviques representaban una amenaza para el *establishment*, pero no porque fuesen a invadir Estados Unidos. La amenaza era de otro tipo. Llamémosla conceptual. Lo explicó el mismo Veblen en otro libro: *The Engineers and the Price System* editado en 1921. Éste es el libro más subversivo que publicó a lo largo de toda su vida.

Veblen efectivamente representa el mayor peligro para la clase ociosa, pero no por ser un propagandista de la revolución rusa como tal, sino por tener su propio plan para acabar con la dictadura de la clase ociosa. Un plan que, a diferencia del bolchevique, no cuenta con los trabajadores sino con los ingenieros. Veblen anima a éstos a atacar a los banqueros, que —en palabras suyas— son simples saboteadores que para obtener mejores precios obstaculizan sin escrúpulos el incremento de la producción (Veblen, 1965, 8-9).

Mientras los bolcheviques mantuviesen el poder en Rusia, la clase ociosa no podía sentirse en ningún momento a salvo. El peligro no venía de los *soviets* rusos diseñados por Lenin, sino de los *Soviets of Technicians* que tenía en mente Veblen. Por eso Daniel Bell, en su libro *The Coming of Postindustrial Society* (1973), sentencia a Veblen a enemigo número uno del capitalismo. Para que éste triunfe tiene que ser eliminado por completo todo lo que pueda ser su alternativa, es decir, el poder bolchevique en Rusia (20).

Pero eso no es suficiente. Es necesario además que los norteamericanos renuncien a una de sus ideas más queridas, a saber, que es sólo la industria la

(19) El tema interesó al mismo J. Edgar Hoover, director de la policía secreta federal. Éste elaboró un informe y lo pasó directamente a un joven doctorando, Joseph Dorfman, que estaba a punto de iniciar la famosa biografía de Veblen (Bradley, 1997).

(20) «El Bolchevismo representa una amenaza para la propiedad absentista; y a la luz de

que les trae la riqueza. Bell calculó correctamente su ataque. Lo dirigió contra los potenciales seguidores de Veblen, entre los cuales estaba entonces Robert McNamara, el Secretario de Defensa del gobierno de Kennedy (Bell, 1973, 357). No andaba descaminado. Sabía que Veblen era no sólo un seguidor de Saint Simon sino también alguien muy afín a las ideas del segundo presidente de Estados Unidos, John Adams, quien tanto temía la llegada del capitalismo a América.

Quizá hubo alguien más perverso dentro de la clase ociosa que fuese más lejos y llegase a otra conclusión: para acabar con el Veblen de *The Engineers and the Price System* y con las ideas de tecnócratas norteamericanos tan ilustres como Frederic Winslow Taylor, Henry Ford y John Dewey, hay que ratificar la validez de la lógica del derroche. Estoy insinuando que quizá la caída del sistema bolchevique en Rusia en 1990 tendría que interpretarse como una venganza contra Veblen. ¿Por qué —si no— se le encargó el desfile de la victoria sobre los bolcheviques no a un general norteamericano sino a Denis Tito, un representante de la clase ociosa? Este capitalista californiano emprendió en 2001, por puro deseo de derroche ostentoso, un viaje al cosmos, precisamente a bordo de un cohete ruso *Soyuz*. Lo importante de este episodio —diría yo— no es que el billete le costase 20 millones de dólares, sino que la fecha de embarque en la estación *Mir* fue el 30 de abril, víspera de 1 de mayo. Ese día la clase ociosa se tomó la revancha.

CONCLUSIÓN

En mi exposición no he hecho alusión al hecho incuestionable de que el capitalismo es un determinado sistema de producción y de comercio, porque el objetivo de mi investigación era resaltar la contribución de Veblen al desarrollo de la Teoría política. Si la Ciencia política de hoy no le presta mucha atención es sin duda porque todavía tiene miedo de que toda reflexión política sobre el capitalismo por fuerza le aboque a manos de un personaje como Lenin. Nada más erróneo. Veblen no se inspiró en este revolucionario ruso sino en un biólogo inglés: Darwin, sobre quien, al parecer, no recae en este momento la más mínima sospecha de ser políticamente incorrecto.

los acontecimientos en la Rusia soviética, se hizo evidente sistemáticamente que sólo la definitiva supresión del Bolchevismo y de todas sus obras, a cualquier coste, el mundo podría ser seguro para la democracia y para los derechos de propiedad, en los que se basa el orden político y civil existente. Por tanto, la primera preocupación de los guardianes del orden existente resultó ser erradicar el Bolchevismo a cualquier precio y sin respetar el Derecho internacional» (Veblen, 1920).

Muy pocos de los que se identifican como veblenianos consiguieron gran renombre, a excepción de John Kenneth Galbraith. Pero la lista de quienes están muy en deuda con Veblen es mucho más larga e incluiría nombres como Joseph Stiglitz, nada menos que premio Nobel de Economía de 2001.

BIBLIOGRAFÍA

- ANANYIN, O.: «Thorstein Veblen's Research Programme: 100 Years after», *Voprosy Ekonomiki*, noviembre, 1999, en ruso.
- ARDZROONI, LEON: «Introduction», en VEBLÉN, THORSTEIN: *Essays in our Changing Order*, Augustus M. Kelley, v-xv, New York, 1964.
- BARTLEY, RUSSELL H.: «Unexamined Moments in the Life of Thorstein Veblen: Refining the Biographical References», *Second Conference of the International Thorstein Veblen Association Severance Great Hall*, Carleton College Northfield, Minnesota, 30 May-1 June, 1996. <http://villa.lakes.com/eltechno/TVbarRIN.html>.
- and BARTLEY, SYLVIA ERICKSON: «Stigmatizing Thorstein Veblen: A Study in the Confection of Academic Reputations», *International Journal of Politics, Culture and Society*, 14 (2), 2000, 363-400.
- BARTLEY, SYLVIA E.: «Intellect Unveiled: Thorstein Veblen and the Organs of State Security», *Second Conference of the International Thorstein Veblen Association Severance Great Hall*, Carleton College Northfield, Minnesota 30 May-1 June 1996, <http://villa.lakes.com/eltechno/TVbarRIN.html>
- BELL, DANIEL: *The Coming of Postindustrial Society. A Venture in Social Forecasting*, Basic Books, New York, 1973.
- BÖGENHOLD, DIETER: «Social Inequality and the Sociology of Life Style. Material and Cultural Aspect of Social Stratification», *American Journal of Economics and Sociology*, 60, October, 2001, 829-847.
- BRODA, PHILIPPE: «Veblen and Commons on private property and institutionalist discussion around a capitalist foundation», en: GARROUSTE, PIERRE and IOANNIDES, STRAVOS (ed.): *Evolution and Path Dependence in Economic Ideas: Past and Present*, Edward Elgar, Cheltenham, 2001, 91-106.
- BROOKS, DAVID: *Bobos in paradise: the new upper class and how they got there*, Simon and Schuster, New York, 2000.
- BROVKIN, VLADIMIR: «Fragmentation of Authority and Privatization of the State: From Gorbachev to Yeltsin», *Demokratizatsiya*, 6 (3), 1998, 504-517. <http://www.demokratizatsiya.org/html/Vol6.html>
- CASTILLO CASTILLO, JOSÉ: «A través del espejo: el mundo fantástico de Thorstein Veblen», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 86, 1999, 333-342.
- DERYABINA, M.: «Institutional Aspects of the Post-socialist Transition Period», *Voprosy Ekonomiki*, diciembre, 2001, en ruso.
- DORFMAN, JOSEPH: *El pensamiento económico en la civilización norteamericana. Historia de la contribución norteamericana al pensamiento económico. Un estu-*

- dio fundamental de la cultura de los Estados Unidos. Tomo III 1865-1918*, Guarnina, México, 1959 [1946].
- DOWNING, BRIAN M.: *The Military Revolution and Political Change. Origins of Democracy and Autocracy in Early Modern Europe*, Princeton University Press, Princeton, 1992.
- FOSS, NICOLAI J.: «The competence-based approach: Veblenian ideas in the modern theory of the firm», *Cambridge Journal of Economics*, 22, 1998, 479-495.
- FOUCAULT, MICHEL: *Genealogía del racismo. De la Guerra de las razas al racismo de Estado*. La Piqueta, Madrid, 1992.
- FRIDAY, CHARLES B.: «Veblen on the Future of American Capitalism», en: QUALEY CARLTON C. (ed.): *Thorstein Veblen*, Columbia University Press, New York, 1968. 16-46.
- GALBRAITH, JOHN KENNETH: «Introduction», en VEBLEN, THORSTEIN: *The Theory of the Leisure Class: An Economic Study of Institutions*, New American Library, New York, 1974, VI-XIX.
- GALOR, ODED y MOAV, OMER: «Natural Selection and the Origin of Economic Growth», *The Quarterly Journal of Economics*, 117, November, 2002, 1134-1191.
- HODGSON, GEOFFREY MARTIN: «The Approach of Institutional Economics», *Journal of Economic Literature*, 36, March, 1998, 166-192.
- LAVELLE, PETER: «Desperately seeking Russia's middle class», *The Russia Journal* de 17-23 enero, 2003.
- MARCH POQUET, JOSÉ MARÍA y SÁNCHEZ ANDRÉS, ANTONIO: «La transición rusa y *La Gran Transformación*», en JOSEP M. MARCH/ANTONI SÁNCHEZ (eds.): *La transición rusa. Cambio estructural e institucional*, Universitat de Valencia, Valencia, 1999, 23-33.
- MARCH POQUET, JOSÉ MARÍA y SÁNCHEZ ANDRÉS, ANTONIO: «La construcción de instituciones de mercado: utopía y realidad en el caso ruso», en: JOSEP M. MARCH/ANTONI SÁNCHEZ (ed.): *Política económica y límites institucionales en la transición rusa*, Universitat de Valencia, Valencia, 2000, 29-40.
- MARCH POQUET, JOSÉ MARÍA: «Una institución no sobrevive nunca a su función», en JOSEP M. MARCH y ANTONIO SÁNCHEZ (ed.): *Avances y bloqueos en la transición económica*, Universitat de Valencia, Valencia, 2002, 39-54.
- MARGOLINA, SONIA: «Dostojewskis Erben. Raskolnikow knackt den Microsoft-Code: Russlands junge Elite», *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 14 de noviembre, 2000.
- MERRIAM, CHARLES EDWARD: *American Political Ideas. Studies in the Development of American Political Thought 1865-1917*, Augustus M. Kelley, New York, 1969 [1920].
- OLEINIK, A. N.: «Toward an Institutional Model of Russian Capitalism», *Voprosy Ekonomiki*, May, 2001, en ruso.
- PETERS, B. GUY: *El nuevo institucionalismo. La teoría institucional en ciencia política*, Gedisa, Barcelona, 1999.
- RIESMAN, DAVID: *Thorstein Veblen. A Critical Interpretation*, Charles Scribner's Sons, New York, 1953.

- ROBINS, DEREK (ed.): *Pierre Bourdieu*, vol. 1-4, Sage, London, 2000.
- ROBSON, ARTHUR J.: «The Biological Basis of Economic Behavior», *Journal of Economic Literature*, 29, March, 2001, 11-33.
- ROSE, NICOLAS: «The Politics of Life Itself», *Theory, Culture and Society*, 18 (6), 2001, 1-30.
- SAMUELS, WARREN J. (ed.): *The Leisure Class and Sovereignty: The Centenary of The Founding of Institutional Economics*, Routledge, New York, 1998.
- SÁNCHEZ-ANDRÉS, ANTONIO and MARCH-POQUET, JOSÉ M.: «The Construction of Market Institutions in Russia: A View from the Institutionalism of Polanyi», *Journal of Economic Issues*, 36 (3), 2002, 707-722.
- SCHRÖDER, HANS-HENNING: «Eltsin and the Oligarchs: The Role of Financial Groups in Russian Politics between 1993 and July 1998», *Europe-Asia Studies*, 51 (6), 1999, 957-988.
- SCHULZE, HOLGER: *Neo-Institutionalismus. Ein analytisches Instrument zur Erklärung gesellschaftlicher Transformationsprozess*, Arbeitspapiere des Bereichs Politik und Gesellschaft. Heft 4, Osteuropa-Institut der Freien Universität Berlin, Berlin, 1997, www.oei.fu-berlin.de.
- SHELLEY, LOUISE I.: «Post-soviet Organized Crime and the Rule of Law», *John Marshall Law Review*, 28, Summer, 1995, 827-845.
- SINGER, PETER: *Una izquierda darwiniana. Política, evolución y cooperación*, Crítica, Barcelona, 1999.
- VEBLÉN, THORSTEIN: «Some Neglected Points in the Theory of Socialism», *Annals of American Academy of Political and Social Science*, 2, Nov. 1891, 345-362, o en *The Place of Science in Modern Civilisation and Other Essays*, 387-408, en: <http://de.geocities.com/veblenite/txt/neglect.txt>.
- «John Maynard Keynes. *The Economic Consequences of the Peace*», *Political Science Quarterly*, 35, 1920, 467-472, <http://de.geocities.com/veblenite/txt/rkeynes.txt>.
- *Teoría de la clase ociosa*, Fondo de Cultura Económica, México, 1963 [1899].
- *The Theory of Business Enterprise*, Augustus M. Kelley, New York, 1965 [1904].
- *The Engineers and the Price System*, Augustus M. Kelley, New York, 1965 [1921].
- VERCUEIL, JULIEN: «Les approches évolutionnistes et institutionnalistes sont-elles complémentaires? La transition comme mise à l'épreuve», *Contribution au colloque Institutionnalismes et évolutionnismes: confrontations autour de perspectives empiriques*, Lyon, 2-3 décembre 2002, ISH, <http://www.ish-lyon.cnrs.fr/labo/walras/Objets/New/Colloqueinst/11VERCUEIL.pdf>.
- WALKER, DONALD A.: «Thorstein Veblen's Economic System», *Economic Inquiry*, 15, April 1977, 213-237.
- WITT, URLICH: «Commentary», en NAU, HEINO O., SCHEFOLD, BERTRAM (ed.): *The Historicity of Economics. Continuities and Discontinuities of Historical Thought in 19th and 20th Century Economics*, Springer, Berlin, 2002, 130-138.